

La resurrección la vivimos hoy en...

CELIA MONTEAGUDO

No hace falta vivir en el campo para admirar el misterio de la semilla que muere en el seno de la tierra para transformarse en una planta viva y en una flor de tonalidades brillantes. Esa transformación de la muerte en vida es un ejemplo, y solo una pobre ilustración, de la transformación de Jesús muerto en la cruz al Jesús resucitado. No se trata de una resucitación, de un volver a la vida para volver a morir, sino la transformación de una vida encuadrada en unas dimensiones terrenas, en una vida fue-

ra del espacio y el tiempo, pero presente en ellos por su Espíritu.

Sabemos de esa transformación, increíble e inesperada, a través de la experiencia de un grupo de sus seguidores, que pudieron contarse en alguna ocasión, según San Pablo, en unos 500. Esa experiencia es vivida de manera diferente, algunas se viven individualmente y otras en grupo. En algunos casos "vieron" a Jesús, en otros no lo reconocieron y en el caso de San Pablo fue como un rayo de luz que lo derriba de su montura.

El efecto de esas experiencias es demolidor. El viento del Espíritu empieza a soplar con fuerza que

mueve a ese grupo acobardado de discípulos a traspasar los confines culturales del judaísmo y llevar el mensaje de Jesús a todas las gentes. La experiencia de la resurrección, recreada y hecha viva cada día por la presencia incontenible del Espíritu Santo, los lleva a cruzar los mares, y las montañas de sus egoísmos personales.

La resurrección la vivimos, hoy, en esas personas y situaciones en las que comprobamos que el egoísmo individualista ha dejado entrar a borbotones la generosidad, el amor y el servicio a los excluidos y vulnerables. Personas y situaciones que no se explican sin la presencia del Espíritu que sopla, a veces, como un susurro entre los juncos de esta vida.

Esta experiencia profunda se sigue transmitiendo hoy en todo el mundo, en todas las culturas, en todas las personas que, dejando a un lado intereses y apegos personales, trabajan por la reconciliación y la paz, por la defensa de la dignidad de todas las personas, y por la conservación del planeta. La experiencia de la resurrección está íntimamente ligada con la esperanza y con aquellos que saben introducir rayos de luz en las oscuridades más profundas de la vida humana.



Mascarillas con lágrimas y esperanza

BLAS GONZÁLEZ

Observo, desde mi ventana, el amanecer lluvioso y ventado como preludio de más agitaciones. ¿Cómo escribir del dolor y de mi fe en medio de tanta agitación, de tanto sufrimiento por la enfermedad? Recibo un mensaje de WhatsApp de alguien que perdió a un ser amado por el diabólico virus y reproduzco unas letras: “Ay, ...si no puedo, soy una persona rota, no sé cómo me voy a recomponer y si voy a poder... me gustaría que Dios me dijera por qué se lo ha querido llevar...es mi vida... quiero cerrar los ojos y retroceder en el tiempo”. Y me surgen lágrimas compartidas con su angustia. **¿Cómo puedo traerle consuelo?**

Rezo el salmo 101 de David, el del día, “...que mi grito llegue hasta Ti; no me escondas tu rostro el día de la desgracia...”. Y vuelvo a recordar a mi hermano, que marchó apresurado hace un mes víctima de otra enfermedad. Y me recuerdo anoche cuando descubrí que todavía lo tengo entre mis contactos de teléfono... y no quiero borrarlo, ...porque sigue siéndolo, con el que jugaba de pequeño. Y me quito la mascarilla para secarme los ojos, de nuevo. Esa mascarilla que hasta en casa nos protege de contagiarnos o de ser contagiados. ¡Qué culpa tendrían nuestros hijos si les traemos el contagio!

Ahora recuerdo a mi madre, que perdió a su hijo; y a mi padre, cuyo avanzado Alzheimer y su desmemoria le hacen frágil y presto a irse... y a la vez inmune a nuestro duelo; y a mis hermanos; y a mis amigos, confinados y atemorizados por el traicionero veneno que contagia invisible la infección y el desconsuelo; y a mis compañeros sanitarios, en riesgo. Y todos esperan que este dolor pase.

Es, en este momento, cuando, de entre las nubes, surge un rayo de luz. Como preludio de mi anhelo, me pregunta mi interior: **¿Dónde busco la ESPERANZA?**

Traigo a mi memoria palabras de hace dos mil años. Y hablan de un peregrino que apareció por las montañas, que acariciaba a los niños, que consolaba a las viudas, que curaba a los enfermos, que se enfrentaba a los injustos y que, por eso, lo mataron. Jesús, el de Nazaret, lo llamaban.

Luego de morir, los numerosos testigos contaban esta historia a sus vecinos:

“No podemos explicarlo, no podemos, ...pero lo hemos visto”. Y Juan les recordó sus palabras... “Volveré y os llevaré conmigo para que, donde esté yo, estéis también vosotros”.

A los hijos se lo transmitieron sus padres, de generación en generación, hasta ahora. A mí me lo contaron los míos. Y en este tiempo, lo comparto con otros compañeros de camino.

Bordeando la existencia, y antes que nos demos cuenta, nuestros seres queridos se nos van. Y nos siguen dando lecciones de cómo vivir la vida y cómo dejarla atrás. Seguramente, ya estaban preparados para abrir esa “puerta de la misericordia”, cuando nuestro cuerpo, por fin, nos da permiso para que nuestra alma vuelva de nuevo a su fuente, a la fuente de todas las almas, en un abrazo infinito y majestuoso. Quien sobrepasa esa puerta no se nos va. Simplemente..., se nos adelanta.

Otra vez, y otra, y otra, recuerdo a los enfermos de tos y fiebre, en el hospital. Y a sus familiares en casa, ávidos de noticias, que no llegan fácilmente. Y a quienes suministran material de protección, a quienes organizan, a quienes pedimos ayuda, a quienes gobiernan. Y organizamos la bolsa de voluntarios.

Reconozco a mis compañeros, poco a poco, por sus ojos. La bendita mascarilla juega a protegernos. Miradas de temor que dicen a los enfermos: “Aquí estoy y seguiré cuidándote”. **¿Qué más podemos hacer?**

A todos ellos, a los nombrados y a los anónimos, mi más profundo agradecimiento. Me enseñáis que la respuesta a mis preguntas está en el inicio de cada párrafo.



LA PALABRA

1ª: Hch. 10,34a.37-43 | Salmo: 117
2ª: Col. 3,1-4 | Evangelio: Jn. 20,1-9

El primer día de la semana, María la Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro.

Echó a correr y fue donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto».

Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; e, inclinándose, vio los lienzos tendidos; pero no entró.

Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio los lienzos tendidos y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no con los lienzos, sino enrollado en un sitio aparte.

Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos.



Cristo está Vivo: ¡ha resucitado!

Queridos fieles cristianos de la diócesis de Albacete, que la paz y a la alegría de Cristo Resucitado os acompañe en estos momentos.

Con el pregón de la Pascua –el *Exsultet*–, hemos expresado la **alegría de la Pascua y la exuberante acción de gracias** que provoca en nosotros. El cirio pascual, que nos preside este tiempo, se asemeja a la columna de fuego que guio a Israel por el desierto; su paso milagroso por el mar Rojo sirve como signo de liberación tanto como prefiguración de las aguas del Bautismo. La Nueva Alianza entre Dios y la humanidad es proclamada elocuentemente en términos de la Luz brillante de Cristo, que disipa la oscuridad del pecado y de la muerte en todo tiempo.

La gran noticia para el mundo es que Jesucristo, verdadero hombre y verdadero Dios, ha resucitado. Este acontecimiento único marca la historia de la humanidad, puesto que la renueva por dentro. Desde ahora, es una nueva creación. También hoy sigue siendo la mejor noticia. Sin la resurrección, vana sería la vida de la humanidad. En el siglo XXI, los cristianos, testigos de este hecho, lo proclamamos al mundo. El Señor Jesús está vivo y reina glorioso para siempre por su victoria sobre el pecado y sobre la muerte. ¡Alegrémonos porque Cristo ha resucitado!

La **Pascua es un nuevo comienzo**, el recuerdo de la grandeza de Jesucristo. La muerte victoriosa de Cristo es el momento culminante de la obra de la redención.

El amor de Dios es más fuerte que la muerte. Nadie puede seguir a Jesús y perderse. Solo el amor tiene la última palabra. Cristo ha derrotado la muerte y proclama que Dios existe y está al lado de la vida y el bien, está a nuestro lado comprometido con nosotros y nuestra historia. La Pascua celebra el misterio de Cristo en su totalidad. Cristo es el Cordero sacrificado por nosotros que pasa de la muerte a la vida y nos otorga vida nueva. Para participar en la vida nueva, los bautizados vivimos la Eucaristía, que es nuestra Pascua.

Desde que Cristo resucitó, **hemos sido asociados a su victoria** de modo que nuestro sufrimiento, unido al de Él, lleva en sí la semilla de la esperanza, que en la eternidad germinará en gloria y, al final de los tiempos, en Resurrección, **“Pues si hemos sido incorporados a él en una muerte como la suya, lo seremos también en una resurrección como la suya”** (Rm 6,5).

Jesús ha resucitado, está vivo y acompaña misteriosamente a cada ser humano. Nadie puede describir o imaginar la resurrección de Jesús. Solamente podemos decir que ha vencido al odio con el amor, que la muerte no tiene la última palabra. Que la alegría de Cristo surja en nuestras vidas. Lejos de alejarnos de los que sufren, esta alegría nos da el coraje de enfrentar nuestros propios sufrimientos y el de los demás. Para conservar y encontrar siempre la fuerza de esta fe pascual, necesitamos caminar con otros, hablar con otros de nuestra fe, de nuestras dudas, de cómo rezar. Cristo ha resucitado y es Él quien nos reúne más allá de todas las diferencias posibles entre nosotros.

En el Domingo de Pascua, nace el día nuevo que la iglesia prolonga una semana de semanas, el “gran domingo”, el “gozoso espacio”. La naturaleza humana de Cristo fue glorificada por obra del Espíritu. Él **se convierte en fuente del Espíritu, su manantial.** El don del Espíritu Santo es la meta a la que tiende la obra terrenal de Jesús. *“Cuanto se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios”.* (Rm 8,14). Solo con este don se supera el hombre, el régimen de la “carne”, y se instaura el nuevo régimen del “Espíritu” (Rom 7,5-6) donde es posible *“llevar una vida nueva”* (Rom 6,4).

El Espíritu Santo realiza en nosotros esta nueva condición de hijos de Dios. Y este es el mejor don que recibimos del Misterio pascual de Jesús y el mayor consuelo. El Espíritu nos introduce en la comprensión del misterio de Cristo, pues nos hace conocer la verdad.

Jesús se nos presenta vivo en la Iglesia, en la Eucaristía, nos habla en su Palabra, nos llena con su caridad.

Que el anuncio de la Pascua se propague por el mundo entero con el canto gozoso del Aleluya. Seamos anunciadores de la vida nueva que se nos ha otorgado en Jesucristo, en esta época marcada por la inquietud y la incertidumbre. Anunciemos la Pascua con un estilo de vida humilde y fecundo de buenas obras. Cantemos con la boca, pero, sobre todo, con el corazón y con la vida, proclamando con nuestro testimonio que Cristo está Vivo, ¡ha resucitado!

A todos os deseo una feliz Pascua de Resurrección.

+ Ángel F. Collado

MONS. ÁNGEL FERNÁNDEZ
Obispo de Albacete



Recibir los sacramentos:

una experiencia muy importante en mi vida

AMPARO HERNÁNDEZ Y M^a JOSÉ ALFARO

HA RESUCITADO! Y la Iglesia, es decir, todos y cada uno de nosotros, tenemos que gritarlo y anunciarlo.

Hoy celebramos el momento más importante de todo el año litúrgico, celebramos la mayor fiesta del cristiano. Jesús ha resucitado y todo tiene sentido. Todo se hace nuevo, Jesús nos ha salvado. Parece incoherente que, en medio de todo lo que vivimos desde hace semanas, podamos gritar de felicidad, pero así es.

Muchos de nosotros vivimos la Vigilia Pascual como un resumen de todo lo vivido durante el año, una “explosión” de rostros, vidas y momentos compartidos, momentos de gratitud y de búsqueda, abrazos de felicidad... Metas y retos empujados por la fuerza del Espíritu, la Fe y la Palabra.

La dura Cuaresma que hemos vivido nos ha envuelto en el dolor, la soledad, la duda y la tristeza. Pero RESUCITAR ES TIEMPO DE CONFIANZA, saber que no estamos solos, que Dios nos quiere, que estamos vivos, que tenemos que renovar ilusiones, logros, luchas...; imaginar caminos, dar y compartir nuestro tiempo, sonreír... Resucitar es tener la esperanza de que algún día nos reuniremos con el Padre y

con aquellos que se han marchado, aquellos que un día abrazamos, quisimos...

Confesamos que “*al tercer día resucitó de entre los muertos*”, pero, ¿lo vivimos interiormente? Este año no celebramos físicamente la liturgia del fuego y del agua, aunque llevamos impreso en nuestro corazón el fuego del Espíritu y el agua del Bautismo y, por eso, podemos ser TESTIGOS de la Resurrección, y ahora más que nunca. Así, con palabras o con obras, estamos diciendo al mundo que estamos felices porque creemos en la Resurrección. ¿Y acaso no es la felicidad el anhelo más grande de la persona? Así se proclama, así se contagia. Y así llega a los adultos que un día deciden acercarse a la Iglesia y convertirse en cristianos.

Nuestra Diócesis lleva viviendo desde hace tiempo la alegría de que una joven pida recibir los Sacramentos de Iniciación. La hemos acompañado,

con la presencia de nuestro Obispo, en el “rito de admisión” y en el “rito de la inscripción del nombre”. En la Vigilia Pascual, tendría que haber recibido los sacramentos pero las circunstancias no lo han hecho posible. Su experiencia debe ser estímulo para querer ser testigos y contagiar nuestra alegría cristiana.

Mariana es una joven peruana, de 21 años, que lleva muchos años viviendo en Albacete. Estudia primero de Bachillerato y hace 2 años decidió dar el paso de prepararse para recibir el Bautismo, la Eucaristía y la Confirmación. De la mano de su tía, la que será su madrina, se acercó a la parroquia de Ntra. Sra. de las Angustias y S. Felipe Neri donde, desde entonces, se está preparando.

Querida Mariana, no has podido recibir los sacramentos en esta Santa Noche. Pero la Iglesia sigue cogida de tu mano, recordándote que solo Cristo es el CAMINO, la VERDAD y la VIDA. Grita con nosotros ¡HA RESUCITADO!

¿Por qué decidiste emprender este camino del catecumenado?

Porque me sentía preparada y quería saber más sobre la Palabra de Dios. Creo en Dios y he querido volver a acercarme a Él para aprender. Tengo un sentimiento bueno (de paz conmigo misma) cuando salgo de la Misa, cuando termino la catequesis o cuando ayudo a una persona.

¿Qué es lo que más te ha gustado, y lo más difícil, de todo el proceso?

Me ha gustado aprender a conocer y sentir la cercanía de Dios. También cuando leíamos la Biblia y cuando aprendíamos de la vida de algunos santos. El tema que me ha costado un poco entender fue que Dios, Jesús y el Espíritu Santo son lo “mismo”.

¿Cómo crees que será tu vida después de recibir los Sacramentos de Iniciación?

Creo que va a ser una experiencia muy importante en mi vida. Haberme acercado a Dios me transmite un sentimiento bueno de paz y al encontrarme con la comunidad cristiana me siento acogida. Y me alegra haber tenido una preparación muy bonita con mis catequistas, M^a José y Amparo, que me han ayudado y enseñado mucho en este recorrido. Siento que quiero ser una buena cristiana, aprender cada día..., y ayudar a los demás con el corazón. Quiero que mi compromiso sea esforzarme cada día para estar más cerca de Dios y poder ayudar a los que me “rodean”. La verdad, espero seguir en algún grupo para seguir aprendiendo más.

